

cer las visitas de rúbrica un sabio extranjero, si al presentar un diplomático sus credenciales, si al cumplir con sus deberes sociales un obispo nuevamente elegido, puede decirse en Francia: «habla bien» y en Alemania: «tiene maneras distinguidas,» su causa está ganada. Pero si ocurre lo contrario, todos sus otros méritos y todas sus cualidades son inútiles; es hombre al agua. Allí donde se trata de guerra ó de paz, de libertad ó de condenación, de victoria de los partidos, de libertad de conciencia, son siempre los discursos más elegantes los que deciden en definitiva. La peor perversidad moral, aun cuando evidentemente se proponga la seducción ó corrupción de costumbres, ora se ofrezca en el arte plástico, ora en la poesía, ora en la misma vida ordinaria, es excusada, con tal que se presente encubierta por palabras espirituales, por una aptitud elegante ó una forma seductora. <sup>(1)</sup> ¡Si no se hiciese más que excusarla! Pero ¡cuántas veces gozan de ella con encanto, la recomiendan con audacia, la defienden con mentiras, de las cuales tienen conciencia, y hasta la canonizan!

Lo que aquí se echa en los platillos de la balanza, no es ni la naturaleza, ni la acción, ni la gravedad, pero sí la palabra y la apariencia externa. Una acción homicida para el alma, con tal que se ofrezca revestida de bellos colores y de poesía, nada tiene de extraño para nadie. Pero equivocarse una vez hablando, escribiendo, dar un paso en falso, no ponerse la cinta y el color á la moda, he aquí un crimen capital, un pecado que no tiene perdón, aun más allá de la muerte.

El Cristianismo no desprecia ciertamente las formas externas, pero querer hacer de un lenguaje elegante y de versos armoniosos, de formas seductoras y del continente externo, una cosa tan sumamente principal, que sólo por ella se estime el valor de un hombre ó de una obra maestra artística, y que se olvide el lado moral ó inmoral, he aquí lo que no puede admitir. El Cristianismo no cifra

(1) Augustin., *Confess.*, 1, 18, 28.

su orgullo en ser una filosofía de elevada elocuencia, sino una religión de buenas acciones. Walter de Vogelweide ha expresado esto en términos inmejorables:

«El que lleva el nombre de cristiano y está lleno de palabras y vacío de obras, en realidad es medio pagano.» <sup>(1)</sup>

La misma Edad Media, que atribuía cierta importancia, y algunas veces importancia exagerada, á las formas externas, no pensó en apreciar el valor de un hombre según ellas.

Sin embargo, en aquella época se juzgaba con severidad cualquier falta cometida contra la decencia y las formas externas. Pero á nadie se le ocurría condenar á una persona por esta causa; sólo el que cometía crímenes contra la moral, se acarreaba la vergüenza pública. Pero lo característico y lo que contrasta por modo muy curioso con el espíritu de los tiempos modernos, es que precisamente las faltas contra la energía moral, eran, según la opinión general de aquella época, las más reprobables. Pasar el tiempo en la ociosidad, <sup>(2)</sup> en la inactividad, <sup>(3)</sup> en un sueño demasiado prolongado, <sup>(4)</sup> es decir, perder el tiempo y la energía sin actividad, he aquí lo que se consideraba como vergonzoso en la Edad Media; pero no lo era el equivocarse al hablar. También en aquella época, hablar en debida forma era necesario para que uno fuese considerado como hombre completo; pero no se les ocurría querer canonizar á nadie por sus bellas frases, como lo hacemos con Goethe y con tantos otros héroes del Humanismo. Se atenían á este principio:

«De poco sirven las bellas palabras, si no les añadimos la acción.» <sup>(5)</sup>

(1) Walther von der Vogelweide, *Leich.*, 135 y sig. (Pfeiff, 80). Cf. Justin., *Apolog.*, 1, 16. Primasius, *In Gal.*, 3, 10.

(2) Hartmann von Aue, *Erek.*, 2791. Walther, 2, 29 (Pfeiffer). Wolfram, *Parzival*, 434, 9 (Bartsch, 3, 39). Freidank, 53 (Bezenberger, 115). Marner, (Hagen, *Minnes.*, II, 249). Rithart, 58, 5 (Hagen, *Minnes.*, III, 230).

(3) *Parzival*, 2, 15 (Bartsch, 1, 45).

(4) Gerbelius, 3, 1 (Hagen, *Minnes.*, III, 37). Hohenburg (*ibid.*, I, 34). Sant Cecilie (*Zeitschrift für deutsches Alterthum*, XVI, 65).

(5) Wackernagel, *Das deutsches Kirchenlied*, II, 106, n. 196. Hagen, *Minnesinger*, 3, 468, n. 28.



Que nadie diga, pues, que hay en esto solamente una diferencia accidental y accesoria. No, la naturaleza de las dos tendencias de vida está expresada en ello. Hablando de Pericles, que ciertamente era un hombre de acción, Tucídides, su admirador, alaba primeramente su hermoso lenguaje, y después sus hazañas. <sup>(1)</sup> Pero cuando el Cristianismo nos pone ante los ojos Aquél cuyo modelo debemos imitar, los términos que emplea son sumamente característicos: «Empezó primeramente por obrar y enseñar, <sup>(2)</sup>—dice—y era poderoso en obras y en palabras ante Dios y ante los hombres.» <sup>(3)</sup>

**6. La doctrina de las buenas obras.**—Vemos claramente con esto cuánto se alejó la Reforma del espíritu del Cristianismo, al predicar una fe sin obras, una religión sin prácticas, un Cristianismo del espíritu y del corazón, invisible y puramente interno. Aun cuando se relacionase cien veces con el Evangelio, por este solo alejamiento, ha probado que su espíritu le es completamente extraño. Aun cuando alegue su propósito de impedir que el hombre prive á Dios del honor que le es debido, al vanagloriarse de su propia justicia, no pueden en manera alguna admitirse sus tendencias. Dios no quiere recibir honor por parte nuestra al precio de nuestro propio honor. Ahora bien, sacrificamos nuestro honor desde el momento en que renunciamos á la vida moral, por lo que uno de los más ilustres poetas de la Edad Media, Thomasin de Zerclære, dice de este falso pretexto, empleado ya tres siglos antes de la Reforma:

«Voy á contestarle: Amigo, quieres vivir sin trabajar. Hace mucho tiempo que sé que sin Dios no puede hacerse el bien. Sin embargo, sólo es bueno quien le sirve voluntariamente.» <sup>(4)</sup>

En esta discusión sobre las buenas obras, no se trata

(1) Thucyd., 1, 139, 4. Cf. Diodor., 12, 46, 1.

(2) Act. Ap., I, 3.

(3) Luc., XXIV, 19.

(4) Thomasin von Zerclære, *Der welsche Gast*, 11, 507 y sig.

del honor de Dios, sino de los esfuerzos para excusar la pereza, la debilidad moral del hombre; no se trata de la victoria del Evangelio, sino antes bien de la del Humanismo. Éste fué el que, junto con la Reforma, hizo su entrada en el Cristianismo con el nombre de Evangelio; éste fué aquel mismo Humanismo que, ya en la antigüedad, consideraba á la virtud como simple ciencia, y al hombre como una lengua con la cual se podía alabar á Dios y complacer á los hombres; aquel mismo Humanismo, con el cual el Cristianismo ha tenido y tendrá que luchar siempre, mientras que el egoísmo, causa de la cobardía, no sea ahogado en los corazones.

Extrañase uno de que la obligación de practicar buenas obras, de tal modo se acentuó en la Edad Media, que no parece sino que no hicieron caso alguno de los méritos de Jesucristo y de la fe en la gracia. En *Heliand* atribúyese ya importancia extraordinaria á la vida activa; <sup>(1)</sup> pero todo redunda en honor del espíritu de aquella época. El pensamiento heroico y caballeresco de aquella enérgica generación no hacía ningún caso de palabras vanas ni de una fe muerta. Pero, en resumidas cuentas, la humanidad es siempre la misma, por lo que no debe extrañarnos que la inclinación á la molicie quisiera reinar también en aquella época. La antigua levadura pagana no había desaparecido aún por completo; y así no faltaban gentes de esas, que, cristianas por el entendimiento, pero medio paganas por el corazón, encontraban demasiado penoso el propio trabajo moral sobre sí mismas. <sup>(2)</sup> También en aquella época el Cristianismo tuvo que luchar enérgicamente contra ellos. No es una vergüenza para la Edad Media, antes bien un honor, el que aceptase tan seriamente de la Iglesia la obligación de las buenas obras. Mientras que el mundo escuchó esta exhortación, el Humanismo, con todo su cortejo de inercia moral, no pudo asegurar su imperio. Pe-

(1) *Heliand*, 497 y sig., 957 y sig., 1014 y sig., 1139 y sig., 1171 y sig., 1235 y sig., 1934 y sig. (Rückert).

(2) *Concil. Paris.*, 829 (2, 10).



ro cuando gran número de maestros, no maestros salidos de la escuela de Aquél que es el camino, la verdad y la vida, <sup>(1)</sup> sino maestros que tienen el corazón en los labios, <sup>(2)</sup> por consiguiente, maestros pertenecientes á la escuela de los aretólogos, se asociaron al Humanismo é hicieron triunfar sus principios, con relación al Evangelio, que no tenían misión de enseñar, entonces el antiguo espíritu pagano que hasta aquel momento no había hecho más que vegetar, adquirió de nuevo un poder formidable. Desde entonces, la oposición que hay entre palabra y acción, apariencia y realidad, oposición que desde San Pablo coincidía con la que existe entre Paganismo y Cristianismo, se introdujo entre los que admitían la religión de Cristo, gracias al abuso inaudito de las palabras más sagradas, redundando en la mayor vergüenza del Cristianismo, en la más grande perturbación de las conciencias y en la más grande alegría de los enemigos de la fe. <sup>(3)</sup>

Mas es y será siempre imposible engañar al mundo, bajo este concepto, sobre el verdadero sentido de la doctrina de Jesucristo. Nadie podrá velar la carencia de acciones, fingiendo atenerse al Evangelio de Aquél que ha hecho por nosotros numerosas acciones de salvación, mucho tiempo antes de pronunciar una sola palabra. Precisamente el Evangelio nos dice que toda palabra del Señor, no es una palabra que baste solamente escuchar, no una palabra ociosa, no una palabra de distracción, sino una palabra y un precepto de vida, una palabra de la cual no comprendemos la verdad, el sentido y la fuerza más que cuando la practicamos. <sup>(4)</sup> En Jesucristo, el Evangelio más nos presenta el modelo que el maestro; ¡y no sería para él la más profunda humillación quererle poner al mismo nivel de esos filósofos charlatanes que se contentan con que alguien preste oídos á sus discursos y les dé la razón, pero que no

(1) Joan., XIV, 6.

(2) Eccli., XXI, 29.

(3) Cf. I, Cor., I, 18. II Petr., I, 16. Athenagoras, *Legatio*, 33. *Vitæ Patrum*, 7, 41, 2.

(4) Joan., VI, 64, 67; VII, 17; XII, 50.

tienen valor para exigir de sus discípulos más que vanos aplausos?

Pero si Él no es de esta especie, sino más bien el Maestro de la vida y un modelo de acción; si es realmente nuestro Maestro y nuestro Dios, que no ha titubeado en darse enteramente á nosotros, ¿qué haremos un día ante Él, si le quitamos la voluntad, la acción y la vida y si creemos contentarle con sentimientos y acciones incompletas? Que nadie hable desde el punto de vista judío, desde el punto de vista del Antiguo Testamento. ¡No se trata de eso! Si la antigua ley imperfecta exigía ya el hombre completo, con espíritu, corazón y acción, ¿con cuánta mayor razón no lo exigirá la nueva ley perfecta? ¡No! La diferencia entre la ley antigua y la nueva no consiste en que la primera ha exigido un hombre completo como víctima para Dios, mientras que la segunda se contenta con un hombre incompleto sin fuerza, sin pies ni manos; sino en que nosotros, cristianos, debemos mostrar nuestra superioridad sobre el pueblo de la Antigua Alianza, haciendo más que éste, cumpliendo de una manera más perfecta y solícita lo que, como á aquél, nuestro deber nos impone. «La exhortación que más de un sabio hizo ya en la antigüedad á los hombres, cuando se observaba la ley de la Antigua Alianza, se aplica actualmente con mucho más rigor. ¡Qué todos sirvan al Dios de caridad, que, ya en la Antigua Ley, exigía una obediencia completa!» <sup>(2)</sup>

**7. La educación cristiana para la vida práctica.**— Si la conducta del mundo para con su bienhechor no fuese siempre la misma, en gran manera nos asombraría el que se extrañase de esta enseñanza del Cristianismo. De creer sería que todo el que quisiese penetrarse seriamente del espíritu cristiano diese gracias á Dios de rodillas por haberle dado ese medio para llegar á la salvación. ¿Qué cosa hay que pueda desalentar más, tratándose de espíritus activos en los cuales reine la prevención de que pueden escudriñar con la sola inteligencia los misterios de Dios, que

(1) *Heliand* (Rückert, 1414 y sig.).



la experiencia que han hecho de cuán difícil es concebir, por poco que sea, la amplitud, la altura y la profundidad de esas verdades que sobrepujan á toda humana inteligencia? <sup>(1)</sup> «Desgraciadamente,—exclama más de un noble corazón, que quisiera estar cierto de salvarse,—¿cómo llegar á este fin con sólo mis débiles fuerzas? Los más grandes espíritus han sucumbido, y corazones mejores que el mío se han extraviado. ¡En cambio, yo carezco de todo, de disposiciones intelectuales y de tiempo para investigar cosas de las cuales depende la salvación!»

Aquí es donde precisamente vemos de qué modo los mejores hombres son juguete de este error. En ninguna parte del Evangelio se ve escrito que sea necesario apropiarse el espíritu y la moral cristiana por medio de estudios sin fin en todos los libros imaginables. Jamás el Señor se ha rebajado hasta hacerse filósofo; jamás ha pensado en escribir un manual de su sabiduría. El que considera su religión como una empresa intelectual, como un problema de matemáticas ó de ajedrez, lo entrevé ciertamente de la manera más falsa que sea posible. Nadie domina ni siquiera la ciencia humana con el simple ejercicio intelectual, sin vencer la voluntad. ¿Cómo, pues, podría hacerlo tratándose de la vida cristiana, que quiere hacer de nosotros hombres nuevos é hijos de Dios? Nadie es capaz de concebir la sabiduría de Dios con la árida inteligencia, por grandes que sean los esfuerzos que haga para ello; lo que es incomparablemente más necesario, es la voluntad seria y la acción leal. Sólo aquél que la practique, penetrará su profundidad. <sup>(2)</sup> En cambio, es accesible á todos los que quieren practicarla seriamente, por insignificantes que sean sus dones intelectuales.

Sobre esta base reposa la pedagogía cristiana. El Cristianismo educa para la vida. Su educación impulsa de la ciencia á la acción, pues la vida es la actividad. Su mira es formar hombres completos, por lo que ella hace el mismo

(1) Ephes., III, 18, 19.

(2) Joan., VII, 17.

llamamiento á la voluntad y la acción que al pensamiento, y más aún. Con esta intención, induce pronto á sus discípulos á la acción, cuando todavía su espíritu es demasiado débil para poder obrar independientemente, y fortifica también su voluntad al mismo tiempo que provoca el desarrollo de la inteligencia. Entonces, cuando ésta llega á ser viviente, la ejercita de tal modo, que debe trabajar en el ejercicio de la voluntad y de la acción. Los artífices pedagógicos de hoy, inventados para desafiar el espíritu del Cristianismo, no sabrán jamás cuándo debe enseñarse á los niños los conocimientos necesarios sobre Dios y las cosas divinas, si es que en ello piensan sus autores. Se han apresurado á seguir el principio de que las doctrinas de la religión deben ocupar el último lugar en la enseñanza, y no hacen sino enseñar á los niños lo que ellos mismos saben desde largo tiempo por la reflexión. Muy pronto se sienten atormentados de la preocupación de que es demasiado temprano para sujetar á los niños á una vida cristiana, mientras no estén profundamente instruídos, casi podría decirse, mientras no hayan estudiado á fondo la filosofía de la religión y de la moral, para estar en estado de trazarse ellos mismos su propia línea de conducta. Y á fuerza de consideraciones, la vida cristiana y humana no gana más que la fe y la piedad.

Nosotros no conocemos semejante preocupación. Nuestro punto de partida es la vida, y ésta es la que consideramos como término. Nunca es demasiado pronto para formar el espíritu por medio de la fe en la bondad y grandeza de Dios, y tampoco será nunca demasiado pronto para despertar la vida del espíritu. Podrá suceder que los niños no comprendan bien, con su inteligencia, el sentido de las oraciones y preceptos del Cristianismo, pero los comprenden ciertamente con la voluntad y el corazón.

Y cuando se han acostumbrado á vencerse, y á dar pruebas de fuerza moral, poco á poco aprenden á comprender con la inteligencia. Pronto comprende uno lo que ha practicado una vez. Los mayores obstáculos que se opo-



nen al conocimiento de las cosas espirituales—nunca insistiremos suficientemente sobre esto—son la corrupción del corazón y la fuerza de la voluntad. Si domamos pronto á la voluntad para vencernos, la perspicacidad de la inteligencia no tarda en despertarse también.

Este principio no debe limitarse á los primeros días de la educación. Hay que atenerse más bien á la verdad importante de que sirve para toda la vida, no sólo en lo que concierne á la educación del prójimo, sino también en lo tocante al desarrollo personal, á saber, que es preciso exigir más de la voluntad que de la inteligencia. Si la inteligencia se despierta con la oración, con la tendencia religiosa de toda la vida, entonces se desenvolverá un hombre sano y completo, á condición de que la práctica de la vida cristiana progrese en la misma proporción en que la fuerza intelectual aumente. Si un buen comienzo acaba á menudo de una manera deplorable, hay que atribuirlo al hecho de que esta ley de educación tan natural, y cuya influencia es tan considerable, es ordinariamente descuidada. La ciencia aumenta, pero la práctica no va al mismo paso. Aprenden, pero no para la vida, pues que olvidan poner en práctica lo que han aprendido. Mientras que el espíritu se fortifica, la voluntad es cada vez más débil. La cabeza gana en perspicacidad y el corazón disminuye en ardor. El hombre, sobre el cual hace un momento podían fundarse las más bellas esperanzas, se hace cada vez más exclusivo, se estropea, se paraliza, hasta que por fin muere.

Importa mucho, pues, reavivar los antiguos principios de educación y de formación personal, estos principios que se han proscrito á causa de su supuesta dureza, pero que sólo ellos son capaces de producir una raza sana y fuerte. Cuantos menos miramientos se tengan, más pronto se adquieren las costumbres; cuanto más pronto se inculcan éstas, más pronto se comprenden. Las costumbres que hayáis adquirido en vuestra juventud, las conservaréis en vuestra vejez. Tal inteligencia, tal obra; tal obra,

tal inteligencia. Cuanta más inteligencia se tiene, más obligaciones hay. No hay educación sin vida. No hay vida sin actos. Á mayor ciencia, mayor actividad. Sólo la vida protege á la ciencia. Saber guardar la justa medida, hace al hombre completo. Un cristiano viviente, es un hombre completo.

Que se intente tan sólo la comprensión de estos proverbios, y quizás se nos dé la razón, cuando decimos que forman el contenido principal de todo el arte de educación, de todo el arte de la vida.

**8. El arte de la vida.**—Decimos *arte* de la vida. La educación debe preparar la vida, y ésta debe continuar y acabar lo que la educación ha principiado. Nunca se dará bastante importancia á la educación; pero aun es mayor la que debe atribuirse á la vida. La educación debe ser el fruto de un estudio asiduo y de un ejercicio constante; la vida debe llegar á ser práctica, arte, obra maestra.

Es un error, y grande, desgraciadamente demasiado generalizado, creer que la formación, sobre todo la de la voluntad y del corazón, puede tener un fin aquí en la tierra. Verdad es que llega un momento en que se dice que nuestra educación ha terminado. Mas ¿se quiere decir con esto que somos ya hombres completos? Nada de eso. El hombre jamás habrá terminado consigo mismo. Con esto quiérese indicar solamente que estamos bastante adelantados para poder continuar, por nuestros propios esfuerzos, lo que los otros estaban obligados á hacer hasta entonces por nosotros. Nada nos autoriza á comprender esta declaración en el sentido de que ya somos hombres completos. No por haber seguido algunos cursos en la Universidad, puede uno llegar á ser sabio, ni tampoco con algunas lecciones de música llega uno á ser artista. Y, sin embargo, es mucho más fácil llegar á ser sabio y artista que hombre completo y cristiano perfecto. El hombre no llega á este fin sino poco á poco, por un trabajo constante sobre sí mismo. No hay nada, ni aun la cosa más insignificante, que el hombre pueda obtener sin trabajo. ¡Con cuánta mayor